ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA

(Continuación).

CAPÍTULO V

Los Peligros de la Concentración

Existen ciertos peligros relacionados con la práctica de la concentración, respecto de los cuales hay que prevenir á los principiantes, pues muchos estudiantes ansiosos, en su deseo de avanzar mucho, van demasiado de prisa, y así se crean obstáculos en lugar de mayores facilidades.

El cuerpo puede llegar á perjudicarse debido á la ignorancia y falta de cuidados del estudiante.

Cuando un hombre concentra su mente, su cuerpo se pone en un estado de tensión que él no nota y que es involuntario en lo que á su intención concierne; esta clase de relación de la mente y del cuerpo puede observarse en muchas cosas triviales; un esfuerzo para recordar algo ocasiona arrugas en la frente, los ojos se fijan y las cejas descienden; la atención firme es acompañada por la fijeza de los ojos; la ansiedad por una mirada vehemente y atenta. Durante edades el esfuerzo de la mente ha sido acompañado por el esfuerzo del cuerpo, pues habiendo estado dirigida la mente por completo á suplir las nece-

sidades del cuerpo por medio de esfuerzos corporales, ha establecido así una asociación que obra automáticamente.

Cuando se principia la concentración, el cuerpo, siguiendo su costumbre, sigue á la mente, y los músculos se ponen rígidos, y tirantes los nervios; de aquí que un gran cansancio físico, un agotamiento muscular y nervioso, un dolor agudo de cabeza, pueden seguir á los esfuerzos que se hagan; y así la gente es inducida á renunciar á tal ejercicio creyendo que estos malos efectos son inevitables.

Es un hecho positivo que pueden evitarse con una simple precaución. El principiante debe de vez en cuando interrumpir su concentración, lo suficiente para observar el estado de su cuerpo, y si lo encuentra cansado, tirante ó rígido, debe abandonarla en el acto; cuando esto se ha hecho varias veces, los lazos de asociación se romperán y el cuerpo permanecerá flexible y descansado mientras la mente esté concentrada. Patanjali dice que en la meditación la postura que se adopte debe ser «cómoda y agradable», pues el cuerpo no puede ayudar á la mente con su tensión y se perjudica.

Quizá una anécdota personal nos será permitida como ilustración del caso. Un día, mientras me hallaba bajo la educación de H. P. Blavatsky, me indicó que hiciese un esfuerzo de voluntad; lo hice muy intenso, y con el resultado de una gran hinchazón de los vasos sanguíneos de la cabeza. «Querida mía — dijo secamente, — no se quiere con los vasos sanguíneos.»

Otro peligro físico proviene del efecto producido por la concentración en las células nerviosas del cerebro. Á medida que aumenta el poder de la concentración, á medida que la mente se aquieta y el Ego principia á obrar por medio de la misma, pone de nuevo á prueba las células nerviosas del cerebro. Estas células, por supuesto, están constituidas fundamentalmente por átomos, y las paredes de estos átomos consisten en espiralillas á través de las cuales pasan las corrientes de energía vital. De estas espiralillas hay siete series, de las cuales solo cuatro están en uso; las otras tres están aún sin usar; son prácticamente órganos rudimentarios. Á medida que las energías superiores descienden, buscando un conducto en los átomos, la serie de espiralillas que, adelantando la evolución, les servirán de canal, son forzadas á entrar en actividad. Si esto se hace muy lenta y cuidadosamente, no resulta perjuicio alguno, pero la demasiada presión significa un daño para la delicada estructura de las espiralillas. Estos tubos diminutos y delicados, cuando no están en uso, tienen sus lados en contacto, como tubos de suave goma elástica; si los lados son separados violentamente, puede

resultar una rotura. Un sentimiento de torpeza y pesadez en todo el cerebro es la señal de peligro; si ésta se descuida, sobrevendrá un dolor agudo seguido, quizá, de una inflamación persistente. La concentración debe, pues, practicarse al principio con mucha parsimonia, y jamás debe llevarse hasta el punto del cansancio cerebral. Unos pocos minutos en cada vez es suficiente para principiar: tiempo que se debe alargar gradualmente á medida que se continúa la práctica.

Pero por poco que sea el tiempo que se dedique á ello, debe hacerse con mucha regularidad; si se deja pasar un dia de práctica, el átomo vuelve á su estado anterior y hay que comenzar de nuevo el trabajo. Una práctica regular constante, y no prolongada, asegura los mejores resultados y evita los peligros.

En algunas escuelas de la llamada Hatha Yoga, se recomienda á los estudiantes que ayuden la concentración fijando la vista en algún punto negro en una pared blanca, y sosteniendo la fijeza de la mirada hasta que sobrevenga el estado de *trance*. Ahora bien, hay dos razones por qué esto no debe hacerse. Primeramente, tal ejercicio, después de cierto tiempo, daña la vista, y los ojos pierden su poder de ajustamiento; y segundo, ocasiona una clase de parálisis cerebral. Esta principia con el cansancio de las células de la retina, así es que las ondas luminosas chocan en ella y que el punto desaparece de la vista, porque el sitio de la retina donde se formaba la imagen de aquél, pierde la sensibilidad á causa de una respuesta prolongada. Esta fatiga se extiende hacia dentro, hasta que por fin sobreviene una especie de parálisis, y la persona pasa al estado hipnótico. En una palabra; el estímulo excesivo de un órgano de los sentidos es en Oriente un medio reconocido para producir la hipnosis, usándose con este objeto el espejo giratorio, la luz eléctrica, etc.

Pero la parálisis del cerebro no sólo detiene todo pensar en el plano físico, sino que hace al cerebro insensible á las vibraciones no físicas, de suerte que el Ego no puede impresionarlo; no pone en libertad al Ego, sino que solamente le priva de su instrumento. Un hombre puede permanecer semanas en un estado de trance provocado de este modo, pero cuando despierta no se encuentra más sabio que al principio del mismo. No ha adquirido conocimiento, sino que simplemente ha perdido tiempo. Semejantes métodos no dan poder espiritual, sino que solamente producen incapacidad física.

Receptividad

La mayor parte de las personas son demasiado receptivas, pero esta receptividad es debida á la debilidad, y no á la deliberada entrega de sí mismo á las influencias superiores. Por tanto, es conveniente aprender cómo nos podamos hacer normalmente positivos, y cómo podamos hacernos negativos cuando lo consideremos conveniente.

El hábito de la concentración tiende por sí mismo á fortalecer la mente, de suerte que se preste á ejercer dominio y selección respecto de los pensamientos que vienen de afuera, y ya se ha explicado cómo puede educársela para que automáticamente rechace los malos. Pero bueno será añadir á lo que se ha dicho, que cuando un mal pensamiento penetra en la mente, es mejor no luchar con él directamente, sino utilizar el hecho de que la mente sólo puede pensar en una cosa á la vez; hacer que la mente se vuelva hacia el buen pensamiento y el malo será necesariamente expulsado. Al luchar contra algo, la misma fuerza que emanamos ocasiona una reacción correspondiente, aumentando así nuestro trabajo, al paso que al volver el ojo mental á una imagen de diferente especie, hace que la otra imagen desaparezca silenciosamente del campo de visión. Muchas personas gastan en vano los años en combatir pensamientos impuros, mientras que la ocupación tranquila de la mente con los puros no dejaría lugar para los asaltantes; además, á medida que la mente atrae así materia que no responde al mal, se convierte gradualmente en positiva, en no receptiva para esa clase de pensamientos.

Este es el secreto de la verdadera receptividad; la mente responde con arreglo á su constitución; responde á todo aquello que es de naturaleza semejante á la suya; la hacemos positiva respecto de lo malo, negativa hacia lo bueno, por medio de un pensar habitual bueno, construyendo en su misma fábrica materiales que son receptivos de lo bueno y no receptivos de lo malo. Debemos pensar en lo que deseamos recibir y negarnos á pensar en lo que no queremos admitir. Una mente semejante, en el océano del pensamiento que la rodea, atrae á sí los pensamientos buenos, rechaza los malos, y de este modo se hace más pura y fuerte en medio de las mismas condiciones de pensamiento que hacen á otro más débil é impuro.

El método para reemplazar un pensamiento por otro se puede utilizar con gran ventaja de muchos modos. Si un mal pensamiento respecto de otra persona penetra en la mente, debe ser en seguida reem-

plazado por un pensamiento de alguna virtud que posea, ó de alguna buena acción que haya hecho. Si la mente está atormentada por la ansiedad, volvedla hacia el pensamiento del objetivo que la vida implica: la Buena Ley, que «poderosa y dulcemente ordena todas las cosas». Si una clase especial de pensamiento no deseable importuna persistentemente, entonces conviene usar un arma especial; debe escogerse algún verso ó frase que encarne la idea opuesta, y siempre que el importuno pensamiento se presente, debe repetirse esta frase y detenerse en ella. En una semana ó dos el pensamiento dejará de turbarnos.

Es un buen plan el proporcionar constantemente á la mente algún pensamiento elevado, alguna palabra de ánimo, alguna aspiración de una vida noble. Antes de lanzarnos al tumulto del mundo, día por día, debemos dar á la mente este escudo de pensamiento bueno. Unas pocas palabras son bastantes, tomadas de alguna Escritura de la raza, y éstas, fijas en la mente por unas cuantas recitaciones en cada mañana, volverán á la mente una y otra vez durante el día, y se verá que la mente las repite cuando quiera que esté ociosa.

Meditación

La meditación puede decirse que la hemos explicado ya, pues es solo la actitud sostenida de la mente concentrada en un objeto de devoción, en un problema que necesita aclararse para ser inteligible, en alguna cosa cuya vida se quiere penetrar y absorber más bien que no la forma.

La meditación no puede verificarse con eficacia hasta que se haya dominado, por lo menos parcialmente, la concentración; pues la concentración no es un fin, sino un medio para llegar á un fin; hace que la mente se convierta en un instrumento cuyo dueño puede usarlo á voluntad. Cuando una mente concentrada se dirige con fijeza á un objeto con el fin de atravesar el velo y de llegar á la vida y unirla á la vida á que pertenece la mente, entonces se verifica la meditación. La concentración puede considerarse como el moldeamiento del órgano, la meditación como su función. La mente se ha aguzado; entonces se la dirige, y permanece firme en el objeto cuyo conocimiento se desea.

Cualquiera que se determine á llevar una vida espiritual, tiene que dedicar diariamente algún tiempo á la meditación. Más bien podría sostenerse la vida física sin alimento, que la espiritual sin meditación. Los que no pueden disponer de media hora al día, durante la cual puedan

abstraerse del mundo y su mente recibir una corriente de vida de los planos espirituales, no pueden llevar la vida espiritual.

Sólo á la mente concentrada con fijeza, abstraida del mundo, puede lo divino revelarse. Dios se manifiesta en Su Universo bajo formas sin fin; pero dentro del corazón humano se muestra con Su Vida y Su Naturaleza. En ese silencio la paz, la fortaleza y la fuerza fluyen al alma, y el hombre de meditación es siempre el más eficaz del mundo.

Lord Rosebery, hablando de Cromwell, lo describe como «un místico práctico», y declara que un místico práctico es la fuerza más grande del mundo. Esto es verdad. La inteligencia concentrada, el poder de abstraerse del tumulto, significa una energía inmensamente aumentada para obrar, significa firmeza, dominio propio, serenidad; el hombre de meditación es el hombre que no pierde tiempo alguno, que no desperdicia energía, que no pierde ninguna oportunidad. Semejante hombre gobierna los sucesos, porque dentro de él se alberga el poder del cual los sucesos son la expresión externa; él comparte la vida divina, y, por tanto, comparte el poder divino.

Modo de fortalecer el Poder del Pensamiento

Podemos proceder ahora á dirigir nuestro estudio del Poder del Pensamiento á la cuestión de la práctica, pues el estudio que no conduce á la práctica es estéril. La antigua declaración siempre es verdadera: «El fin de la filosofía es poner término al dolor.» Tenemos que aprender á desarrollar y después á usar nuestro poder del pensamiento para ayudar á los que nos rodean, los vivos y los llamados muertos, para apresurar la evolución humana, así como también nuestro propio progreso.

El poder del pensamiento sólo puede aumentarse por la práctica firme y persistente; tan literal y verdaderamente como el desarrollo muscular depende del ejercicio de los músculos que ya poseemos, así el desarrollo mental depende del ejercicio de la mente que ya es nuestra.

Es una ley de la vida que el desarrollo resulte del ejercicio. La vida, nuestro Yo, está siempre buscando una mayor expresión externa por medio de la forma que la contiene. A medida que es llamada afuera por medio del ejercicio, su presión sobre la forma hace que ésta se ensanche, y nueva materia es aportada á la forma, y de este modo una parte de la expansión se hace permanente. Cuando el músculo se alarga por el ejercicio, más vida fluye á él, las células se multiplican y el músculo se desarrolla de ese modo. Cuando el Cuerpo mental vibra bajo

la acción del pensamiento, se le añade nueva materia de la atmósfera mental, la cual se asimila, aumentando así en tamaño y complejidad de estructura. Un cuerpo mental constantemente ejercitado crece, ya sean buenos ó malos los pensamientos en que se ejercite. La cantidad de pensamiento determina el desarrollo del cuerpo mental, la clase de pensamiento determina la clase de materia que se emplea en ese desarrollo.

Ahora bien; las células de la materia gris del cerebro físico se multiplican á medida que el cerebro se ejercita pensando. Exámenes *post mortem* han demostrado que el cerebro del pensador, no sólo es más grande y más pesado que el cerebro del patán, sino también que tiene un número mucho mayor de circunvoluciones. Estas proporcionan un gran aumento de superficie á la materia gris, la cual es el instrumento inmediato físico del pensamiento.

De este modo el cuerpo mental y el cerebro físico se desarrollan por medio del ejercicio, y los que quieran mejorarlos y agrandarlos, tienen que recurrir al pensar regular diario, con el propósito deliberado de mejorar sus capacidades mentales. Es innecesario añadir que los poderes inherentes al Conocedor se desarrollan también más rápidamente con este ejercicio, y funcionan sobre los vehículos con fuerza creciente.

A fin de que pueda surtir todo su efecto, esta práctica debe ser metódica. Que un hombre escoja un libro valioso sobre algún asunto que le sea atractivo, un libro escrito por un autor competente, que contenga pensamientos nuevos y vigorosos. Debe leerse lentamente una sentencia ó unas pocas, y luego el lector debe pensar con intensidad y fijeza sobre lo que ha leído. Es una buena regla el pensar dos veces mientras se lee, pues el objeto de leer no es simplemente adquirir nuevas ideas, sino el fortalecer las facultades pensantes. Si es posible, debe dedicarse media hora á esta práctica, pero el estudiante puede principiar con un cuarto de hora, porque en un principio encontraría algo fatigosa la fijeza de la atención.

Toda persona que principie esta práctica y la continúe con regularidad durante algunos meses, al fin de este tiempo estará consciente de un desarrollo bien claro de la fuerza mental, y verá que puede tratar los problemas ordinarios de la vida de un modo mucho más efectivo que antes. La Naturaleza es una dueña muy justa en sus pagos, y da á cada cual exactamente el salario que se ha ganado, pero ni un céntimo que no haya merecido. Los que quieran tener el salario de la facultad aumentada tienen que ganarlo pensando mucho.

La obra es doble, como ya se ha dicho. De un lado los poderes de la Conciencia salen afuera; de otro, las formas, por medio de las cuales

se expresa aquélla, son desarrolladas, y la primera no debe nunca olvidarse. Mucha gente reconoce el valer del pensar definido en lo que afecta al cerebro, pero olvidan que la fuente de todo es el Yo inmortal no nacido, y que ellos no hacen más que exteriorizar lo que ya poseen. Dentro de ellos reside todo poder y sólo tienen que utilizarlo, pues el Yo Divino es la raiz de la vida en cada uno, y ese aspecto del Yo que es conocimiento, existe en cada cual y está siempre buscando la ocasión para expresarse todo entero. El poder está en cada uno increado, eterno; la forma se moldea y se cambia, pero la vida es el Yo del hombre, ilimitado en sus poderes. Ese poder que en todos reside, es el mismo poder que formó el Universo; es divino, no humano, es una parte de la vida del Logos é inseparable de El.

Si esto se comprendiese bien, y si el estudiante tuviese presente que no es la falta de poder sino lo inadecuado del instrumento lo que constituye la dificultad, trabajaría muchas veces con más ánimo y esperanza, y, por tanto, con más eficacia. Debe llegar á sentir que su naturaleza esencial es conocimiento, y que de él depende que esta naturaleza esencial encuentre expresión en esta encarnación. Esta expresión está ciertamente limitada por los pensamientos del pasado; pero puede ser aumentada ahora y hecha más eficaz por el mismo poder que en ese pasado moldeó el presente. Las formas son plásticas y se prestan á ser moldeadas de nuevo, aunque lentamente, por medio de las vibraciones de la vida.

Sobre todo, el estudiante debe tener presente que para un desarrollo firme es esencial la regularidad de la práctica. Cuando se omite un dia de práctica, son necesarios tres ó cuatro para volver á ganar lo que se pierde en aquél, cosa que sucede, por lo menos, en los primeros grados del desarrollo. Una vez adquirido el *hábito* de pensar con fijeza, entonces la regularidad de la práctica es menos importante. Pero hasta que este hábito no se haya establecido de un modo definitivo, la regularidad es de capital importancia, porque la costumbre antigua del pensar vago vuelve á afirmarse, y la materia del cuerpo mental vuelve á asumir sus antiguas formas, las cuales tienen que volver á desecharse cuando de nuevo se vuelve á principiar la interrumpida práctica. Es mejor cinco minutos de trabajo hecho con regularidad, que media hora unos días y nada en otros.

Annie Besant.

(Se continuará).



CONFERENCIAS TEOSÓFICAS DE 1900
EN LA UNIVERSIDAD DE GINEBRA

POR EL DR. TH. PASCAL

SEGUNDA CONFERENCIA

(Continuación).

II

Relación de la Teosofía con las Filosofías

La filosofía es el estudio de la mentalidad (de las fuerzas mentales), como es la ciencia el estudio de las formas (de las fuerzas físicas) y la religión el de las almas (de las fuerzas espirituales).

Trataremos cuatro puntos principales de la enseñanza filosófica; veremos después cómo interpretan esos puntos los diversos sistemas, é intentaré demostraros aquí también que la teosofía alumbra para unir.

Aquellos puntos son: Dios, el Universo, el hombre y la ley moral.

* * *

Distingue á Dios la teosofía bajo sus aspectos de absoluto y de manifestado.

El Dios absoluto es lo Infinito, lo Perfecto, lo Ignoto, el Ser puro, el Ser en sí, aquello que transciende á la inteligencia, aquello que los filósofos más profundos sólo pudieron definir por medio de *negaciones:* no es Dios, en efecto, el Ser que conocemos, la vida que comprendemos; es el Ser verdadero del que solo es un «aspecto» el Universo, un punto sin importancia, el Ser que no podemos concebir, que tanto difiere del ser finito que lo han definido como el *No-Ser;* es la absoluta Conciencia, tan distante de nuestra conciencia limitada, que se la llama *Inconciencia;* es el Movimiento *per se*, tan distinto del movimiento visible, que se le define como lo *Inmutable.*

Acerca de ese Dios absoluto nada conocemos hasta ahora, fuera de un vago presentimiento de lo que pueda ser, transmitido á la conciencia durante sus momentos de meditación más elevados.

Pero ese Ser que es todo, que lo contiene todo — lo que conocemos y todo aquello que ignoramos —, que contiene á nuestro Universo actual, así como á todos los Universos pasados y futuros, ese Ser ignoto al que habían levantado altares los griegos, se manifiesta para multiplicarse, para crear almas «á su imagen y semejanza», según dice el Antiguo Testamento.

Al querer manifestarse, aparece primeramente á nuestra visión finita como un *centro* en lo Infinito; es lo Infinito que se limita, que se convierte en un «yo» finito, el «punto de los pitagóricos, la Mónada suprema; es el germen del Universo que va á aparecer, el Dios Padre de los Cristianos, el Logos inmanifestado de los platónicos.

Principia la creación por el punto en el círculo (el cero); el *uno* que se manifiesta por el 2: los dos opuestos de que hablé el miércoles por la noche, tratando de la ley de causalidad *(Karma)*, los contrarios, sin los que no puede manifestarse cosa alguna, sin los que ningún Universo puede ser creado.

El «uno» y el «dos» forman el «tres», la Trinidad, el Dios en tres personas de los Cristianos, el triángulo de Pitágoras.

De la Trinidad — el prisma divino — emanan siete cifras; expresaba la filosofía pitagórica esas altas abstracciones sobre la Divinidad por números, los 7 Espíritus de la Presencia, y de éstos, todos los demás grupos septenarios de la gran Jerarquía de seres que parte de Dios para llegar al hombre, y del hombre hasta el más simple de los átomos.

He aquí en pocas palabras el resumen de la doctrina teosófica acerca de Dios.

Comprenderéis ahora cuán fácil es á la Teosofía reconciliar los diversos sistemas establecidos por los que especularon acerca de la Divinidad: los ateos, los monoteistas, los panteistas y los politeistas.

Existen dos clases de ateos: el ateo ignorante y el ateo filósofo. El primero cree observar que Dios no atiende á sus oraciones, que no manifiesta señal alguna de bondad, que no impide al fuego quemar á un imprudente y hasta un inocente — un niño recién nacido, por ejemplo —; que permite á los elementos sembrar la devastación y la ruina, y piensa: si existiese un Dios, semejantes horrores no podrían suceder.

De otro modo razona el ateo filósofo, dice: siendo Dios infinito, no es ese Dios que enseñan las iglesias, Dios que, á semejanza de los hombres, premia ó castiga, piensa y obra. Niego á ese Dios que invocan, es finito y sólo reconozco al ser infinito, fuera de alcance, que para nosotros es como si no existiese.

Ambas clases de ateos pecan por ignorancia; el primero se niega á reconocer Dios alguno, personal é impersonal, porque ignora que á su acción constante debe el Universo su existencia y su vida, y que depende el mal de las necesidades de la Evolución, de los actos cometidos por los hombres en el transcurso de las vidas sucesivas; considera el segundo al Infinito como no existente para nosotros, y niega el aspecto personal de ese Infinito, porque

no ha comprendido que ese aspecto se une necesariamente al Infinito impersonal, que sólo en este último, y por medio de este último, puede existir. Vienen luego los panteistas, y á su vez dicen: la inteligencia y la vida están en todas partes, y los seres menos desarrollados son los que menos se equivocan; fórmase el cristal por un depósito molecular á lo largo de sus ejes de cristalización; la planta, encerrada en la obscuridad, se dirige infaliblemente hacia el orificio que con la luz le trae la vida; la abeja y el castor construyen más fácilmente y mejor que el hombre; ¿cómo, pues, no habría de estar Dios en todas partes y en todo cuanto existe?

Razón tiene el panteista; Dios está encarnado en el mundo, el Universo es su manifestación, su cuerpo, según dijo san Pablo; sólo se equivoca al negar que los demás sistemas contengan su parte de verdad: semejante al ateo, sólo ve un aspecto de Dios.

Según el monoteista, para el que no existe más que un dios solo, un dios personal, poseedor de un «yo», y es exacto; sólo existe *un* Dios, y Dios, es sin duda alguna un «yo». Mas también el monoteista ve tan solo un aspecto de Dios; aún no puede comprender que todo es un «aspecto» de la divinidad; que «Centros» divinos se forman incesantemente en el seno de lo Infinito; que esos «Centros», á los que llamamos seres, existen potencialmente en Dios y se convierten en «dioses» por la evolución, sin que exista dualidad divina. Tampoco puede concebir que exista otro «yo», un «yo» infinitamente más grande que el «yo» que comprende y admite, el «Yo» absoluto, el Ser en sí: he aquí por qué anatematiza á la vez á los ateos, á los panteistas y á los politeistas.

Hablemos de estos últimos. Cuando son exclusivos, tampoco son ellos otra cosa sino hombres insuficientemente desarrollados, incapaces de concebir el centro total y los más elevados aspectos de la divinidad; atiénense á sus aspectos inferiores, á los «poderes» que dirigen á los elementos, á los «agentes» de Dios en el Universo.

Comprende y revela la Teosofía todas las facetas de la Divina joya; concibe todos los «aspectos» de Dios en el Universo; sabe, por lo tanto, que todos esos sistemas filosóficos contienen una parte de la verdad; y sabiendo esto, á nadie persigue; alumbra para unir, como ya he dicho, diciendo á los combatientes: todos tenéis razón, pero de modo incompleto; lo comprenderéis cuando hayais contemplado á Dios bajo todos sus aspectos. Amáos los unos á los otros en vez de combatiros, y ayudáos recíprocamente á ver mejor.

* * *

Y ahora, ¿qué es el Universo?

Según la Teosofía, el Universo es el cuerpo de Dios manifestado, personal; el conjunto de la materia pronta á evolucionar, á producir las formas de los seres, los «centros de conciencia» nacientes que van á cumplir su peregrinación hacia la divinidad.

El Universo es fundamentalmente *uno* con Dios; es un «aspecto» de Dios, del Ser infinito; si fuese otra cosa que una de las formas de la actividad divina, habría dualidad en el Ser; al lado de Dios existiría el Universo, y Dios dejaría de ser infinito.

El Universo es la Energía divina, que manifiesta aquello que se revela á nuestros sentidos como fuerza-materia; es la Energía divina, que unas veces nos aparece como sensación, otras como pensamiento, ó como amor y abnegación; en un grado superior como voluntad, y así sucesivamente para todos los estados de materia que ignoramos, para todas las facultades que aún han de desarrollarse en el período sobrehumano de la evolución.

Es la misma energía divina que forma los átomos, crea los mares diversos de la materia conocida y desconocida, crea las formas visibles é invisibles; es la misma fuerza inteligente que dirige las innumerables evoluciones de los mundos visibles é invisibles: todo cuanto existe es un fragmento de Dios, una forma de la divinidad. Esto permite á la Teosofía comprender tanto al materialismo como al espiritualismo, y reconciliar á ambos.

Observan los materialistas que nada existe en el mundo visible sin la fuerza-materia; que todo se modifica con las modificaciones de la fuerza-materia; que las facultades al parecer más distintas de la materia son, no obstante, tributarias de esta última. La inteligencia, la razón, la memoria, la voluntad se alteran al menor desorden molecular del cerebro; nacen y se desarrollan con el desarrollo de los centros nerviosos; se debilitan y desaparecen con la debilidad de esos centros.

¿Qué puede contestarse á estas observaciones? Nada, porque son la expresión de la verdad. Mientras no sale de estos límites, razón tiene el materialismo; está en terreno firme, y es irrefutable. Mas cae en el error al afirmar que no existe fuerza inteligente alguna capaz de crear la fuerza-materia y guiarla en sus combinaciones: al atribuir á esa fuerza-materia la propiedad de engendrar por sí misma, por sí *sola*, las facultades que manifiesta. Si no existiese fluido eléctrico alguno en nuestras lámparas incandescentes, sólo veríamos las lámparas; no habría luz. Si no existiese el Ser, que es á la vez la fuerza materia, mas todo aquello que no es ésta, sólo habría la fuerza-materia; no existirían las facultades manifestadas por ella. Los idealistas, ó espiritistas, niegan la fuerza-materia; afirman que no existe *per se*, que sólo es una ilusión debida al Espíritu, esto es, á la actividad divina.

Hasta aquí tienen razón: la fuerza materia es tan sólo un «aspecto», una forma de la actividad divina, una forma del Divino Espíritu. Pero si se atreviese el idealismo á añadir que *esa forma* de Dios no existe, que carecen esas formas de relaciones vibratorias entre sí, caería en un error profundo; bastaría en este caso con aconsejar á cualquiera de los negadores se precipitase en el fuego: vería entonces que el aspecto de la actividad divina, llamado fuerza-materia del cuerpo humano, existe, y que sus relaciones con ese otro aspecto de la actividad divina, llamado fuego, están perfectamente definidas y son permanentes.

El concepto que respecto á la fuerza-materia nos hemos formado es evidentemente erróneo; y por efecto de un fenómeno de ilusión (por ignorancia) distinguimos aquella fuerza-materia del Espíritu, del Ser, de Dios; pero existe y no puede negarse, y aquí reconcilia la Teosofía nuevamente á los dos adversarios.

J. X. H.

(Continuará).



LA VENGANZA DEL CIELO

ERA un día frío y terrible de mitad de Enero; una espesa capa de nieve cubría tejados y canalones. En el pavimento de la gran ciudad, hombres y muchachos, con caras amoratadas por el intenso frío, habían trabajado desde muy temprano para abrir camino á la gente ocupada que muy pronto había de comenzar á moverse; mientras tanto, el encapotado cielo hacía temer, para antes de mucho, la caída de una nueva nevada.

Yo marchaba á pie por el ocupado tránsito, pues hacía tiempo que tenía la creencia de que el caminar me hacía bien, y cuando uno no es bastante rico, se inclina á pensar dos veces en la cuestión de viajar á costa de fuerza ajena. En la esquina de Chancery Lane se me acercó un mendigo vestido de miserables harapos y con rostro amoratado. Generalmente no acostumbro á dar nada á los mendigos de profesión, prefiriendo aliviar la pobreza que no lamenta sus desdichas públicamente; pero ese día, al tratar de seguir mi camino sin hacer caso, algo en la apariencia de aquel hombre me llamó la atención; el por qué no podía decirlo, y me detuve á echarle una segunda mirada. Era todavía joven, probablemente no llegaría á los veinte años, y si no hubiese sido por el hambre y la pobreza que habían chupado su cara y endurecido su mirada, hubiera podido ser considerado como un hombre hermoso. Pero no fué esto lo que me chocó, ni tampoco lo miserable de su apariencia, cosa desgraciadamente bastante común, pues había centenares como él en media milla á la redonda; pero me parecía que había algo que me era vagamente familiar en la expresión de aquellos ojos obscuros y salvajes cuya mirada se cruzaba con la mía, ojos de fiera, airados é indomables, que me amenazaban, mientras que su voz, más educada, pedía dolorida una limosna.

—¿Por qué no trabaja usted? — le pregunté. — Un joven como usted no debe mendigar su pan de esa manera.

—No puedo remediarlo, caballero — dijo brevemente. — No es culpa mía, jamás he encontrado una sola ocasión de trabajar en toda mi vida. Lo he intentado una y mil veces, pero no puedo perseverar en nada porque no soy bastante fuerte. Mirad, y tosiendo violentamente escupió una cantidad de sangre que formó una mancha espesa, roja, sobre la nieve apilada en el canalón. Todos los inviernos, así que empieza el frío cojo una tos como esta, y todo el mundo se pone en contra de un pobre muchacho enfermo que no puede ganarse el pan honradamente. ¿No puede usted darme una moneda de cobre, caballero?

Me registré los bolsillos, y con gran sentimiento mío, encontré que el único dinero que llevaba era una libra esterlina, que casualmente no estaba en mi poder dar, aun cuando lo hubiese deseado. Me disgustó mi falta de previsión en salir á la calle tan mal provisto, pues podía acarrearme más de una molestia, además del hecho de que realmente deseaba mucho auxiliar al pobre joven. Tuve, pues, que decirle que no podía darle nada aquel día, pero que si al día siguiente á la misma hora se hallaba en aquel sitio, le daría un chelín. Con una mirada escéptica, hija de la experiencia amarga de su vida, el mendigo se marchó y se perdió de vista en medio de la multitud, al paso que por el momento le olvidé en las preocupaciones y trabajo de un día en la gran ciudad.

Sucedió que á la mañana siguiente tuve que ir á la oficina mucho más temprano, y sólo cuando regresaba á mi casa por la tarde me acordé de la promesa que había hecho y que había dejado incumplida. Lo sentí mucho entonces, pero como era demasiado tarde para reparar mi falta, sólo tenía la esperanza de volverle á ver á la mañana siguiente, y deseché el incidente de mi memoria en lo que me fué posible. Pero no volví á verle hasta pocas noches después, y entonces ya no le hacía falta auxilio mío alguno, ni ninguno humano; lo que sucedió fué lo siguiente:

Volvía yo tarde de la City, y en lugar de seguir por las principales vías, deseando llegar á mi casa lo antes posible, me metí en una calle transversal, poco frecuentada y mal alumbrada. Hacía poco que marchaba por ella, cuando me encontré con un grupo de gente que se había reunido alrededor de algo que yacía en el suelo debajo de un farol: un grupo compuesto de la usual miscelánea de muchachos vagabundos y de desocupados, y á su cabeza un policía, á quien me dirigí deseoso de saber lo que había sucedido. «Un hombre muerto de frío»,

fué la breve respuesta, y entonces, mirando por encima de su hombro, distinguí la cara del mendigo á quien había prometido auxiliar, solo que más enflaquecida y más blanca aún que antes, y los ojos, al resplandor de la luz de gas, parecieron fijarse en los míos con una mirada de censura, fija y lo bastante espantosa para acosarme por el resto de mi vida. Volvíme estremecido del horror del suceso, reprochándome amargamente, al seguir mi camino, por no haberme preocupado algo más de cumplir mi promesa, por muy ocupado que hubiese estado; no había levantado un dedo para salvar á este semejante mío de una muerte cruel, por falta de albergue y de alimento. Me preguntaba también, con amargo cinismo, por qué tenían que suceder tales cosas; cómo un Dios, grande y justo, según se me había enseñado á creer, podía contemplar indiferente esta injusticia humana, hecha á uno de sus propios hijos; mas aún, cómo podía Él mismo causar semejante injusticia, pues, seguramente, un hacedor de milagros podía haber inclinado el corazón de algún rico filántropo á buscar y salvar á este desventurado. Jamás tuve una ocasión — fué lo que me dijo; — por tanto, ¿fué culpa suya que semejante destino le fuese adjudicado? ¿No era esto más bien castigar el pecado de los padres en los hijos, el egoismo impensado de aquellos que siendo, según toda probabilidad, ellos mismos tuberculosos, habían traído al mundo hijos débiles para heredar ó contraer la misma terrible enfermedad que se albergaba en sus propios organismos? ¡Y probablemente para ellos no había habido castigo! Me dije á mi mismo que si esto fuera realmente así, no sería un ejemplo poco común de la injusticia divina; y en la amargura de mi corazón, y en parte también para disculpar mi falta, me burlé de ese Dios en quien sentía que no podía seguir creyendo, y exclamé en mi alma que la justicia no existía en el cielo, y muy poca en la tierra mientras tales cosas se permitiesen.

Pero aquella noche, acostado en mi angosto lecho, tuve un sueño que, sin embargo, no fué enteramente un sueño, sino más bien una experiencia retrospectiva, una visión del pasado, en la cual volví á vivir aquella vida que había sido mía hacía cerca de dos mil años, y que se había borrado de mi mente, mientras que en el mundo celeste había estado sumido en el largo sueño del olvido; aunque quizá, como un niño en el pecho de mi madre, pude haber tenido vislumbres del remoto pasado. Si esto había sido así, sin embargo, el bullicio y confusión de esta vida hacía mucho tiempo que había disipado todo recuerdo de la pasada, y sólo en esta visión fué cuando todo volvió á mi en un repentino flujo de la memoria. Veía torres y puentes majestuosos, olivos de ver-

des hojas vistiendo las distantes colinas, y un hermoso cielo azul que sonreía sobre la encantadora ciudad del Tíber, cuando se hallaba en el zenit de su juventud y fama, hacía cerca de dos mil años, cuando los Césares reinaban dentro de los muros de su palacio, y cuando yo, un humilde ciudadano, moraba en ella y la amaba con una devoción apasionada que volvía á apoderarse de mí al encontrarme de nuevo en medio de sus calles rebosando de gente, observando el bullicioso discurrir de la multitud amante de placeres. Allí estaban ellos, todas aquellas antiguas familiares casas; centuriones y soldados, de brazos desnudos y caras bronceadas; nobles adornados con brazaletes, de ojos y labios perversos y sensuales; hermosas mujeres llevadas de aquí para allá en literas de almohadones, dándose aire con sus abanicos de plumas de pavo real y mirando de soslayo á los más hermosos y ricos jóvenes romanos que pasaban á su lado. ¡Roma, la mayor ciudad del mundo, y sin embargo, principiando ya á desmoronarse bajo su túnica de lujo y vicio! La Roma que yo había conocido hacía tanto tiempo, la había olvidado por completo en la vida nueva que llevaba en otra gran ciudad, no tan hermosa ni tan amada, sin embargo. Las lágrimas se agolparon á mis ojos así que comprendí que yo, entre toda la humanidad, tenía el privilegio de contemplarla de nuevo tal como había sido antes de los días de su caida.

Pero la escena cambió, y repentinamente las alegres calles con su apiñada multitud se desvanecieron, y en su lugar aparecía yo en la sala del gran tribunal ante un trono de oro rodeado de nobles y de soldados, un trono en el que estaba sentado, reclinado en almohadones, un hombre hermoso, en la fuerza de la vida, pero con una maldad de demonio impresa en las líneas de su rostro; al levantar los ojos, su perversa mirada se encontró con la mía, y di un salto repentino; pues los ojos son las ventanas del alma, y á través de los suyos miraba el alma del mendigo muerto de frío; como sabía yo que esto era así, no puedo decirlo.

—Y ahora—dijo él en voz lenta y burlona—, ya que hemos terminado con esos perros judíos, pasaremos á éste, uno que no quiere pagar sus contribuciones y que derriba á golpes al funcionario de la ley que va á reclamarlas. ¿Qué tienes tú que decir, perro, á esta acusación?

No contesté nada, sabiendo muy bien que era culpable; pensaba en mi esposa enferma y en mis hijos que lloraban, y cuya desdichada situación me había impulsado á cometer este acto de locura.

—¡Hola! no contesta—gritó aquel demonio con su cruel sonrisa—.

Bien, llevadlo, y haced con él lo que os he ordenado que hagáis con los anteriores; serán todos arrojados juntos á los leones, y veremos á cuáles prefieren las bestias. Esto será divertido, según creo, amigos míos.

Volvióse á los nobles que estaban á su lado, quienes expresaron su aprobación con carcajadas burlonas y con bromas impúdicas. Luego me llevaron encadenado entre otros dos hombres — cristianos—, y las puertas de la sombría prisión se cerraron tras de nosotros.

Volvió á cambiar la visión para verme en el terrible escenario, aquel poderoso circo con su suelo de arena, donde, en nombre de los dioses, se ejecutaban cosas tan espantosas. Sobre mí sonreía sin compasión el cielo azul, y en derredor mío, hileras sobre hileras, estaban los inhumanos espectadores que habían venido á refocilarse con el espectáculo de nuestro sangriento fin, pues no era yo solo; algunas docenas de cristianos, hombres, mujeres y niños, estaban de rodillas en torno mío, elevando sus últimas oraciones al cielo en demanda de fuerzas para afrontar la muerte que iban á sufrir por su creencia y gracia para sus almas cuando abandonasen su terrestre morada.

Yo me hallaba solo aparte, sin orar al Dios de los cristianos ni á los dioses en cuyo culto había sido educado, sino pensando en la esposa é hijos de cuyos brazos había sido arrancado, y maldiciendo al demonio que me había condenado á aquella muerte horrible, al hombre cuyo castigo veía yo ahora que no era desproporcionado á sus crímenes.

Y entonces las puertas de las jaulas se abrieron y con un rugido salvaje los grandes leones se lanzaron sobre nosotros; levanté los ojos y encontré la mirada perversa del tirano que me observaba desde su trono, los ojos del mendigo á quien había visto por última vez aquel día, que había muerto solo y sin amigos, lo mismo que yo había muerto hacía dos mil años é iba nuevamente á morir en mi visión.

Y entonces me desperté de mi sueño para ver que otro día de nieve y hielo había empezado; para recordar que los Césares hacía largo tiempo habían muerto y desaparecido; que Roma había caído de su gloria, y que ya no se arrojaban los hombres á los leones por tiranos crueles, á lo menos en este mundo occidental civilizado.

Pero mi lección estaba aprendida, y ya no me burlaba de la gracia y sabiduría de Dios, pues sabía que existe la justicia en el cielo y que es aplicada á los hombres con arreglo á sus méritos: á los buenos, mucha bondad; para los perversos, el mismo mal que á otros han causado.

A. Sylvester Falknen.



*

FENÓMENOS DE VITALIDAD EN LOS CRISTALES

Una visita al Profesor von Schroën.

En los últimos días de Abril de este mismo año, tuve la suerte de ser presentado en Nápoles al Profesor von Schroën, que tanta celebridad ha alcanzado en el mundo científico por sus sorprendentes descubrimientos. Á él se debe, en efecto, la demostración — por medio de la fotografía — de que el cristal vive y crece como la planta y el animal, y de que hay una fuerza que se exterioriza, que se desarrolla en la materia durante la cristalogénesis, cuya fuerza ordena y domina á la misma materia.

El alemán von Schroën es, desde hace muchos años, Profesor de Patología en la Universidad de Nápoles. Al estudiar los bacilos de las enfermedades más comunes, descubrió que cada micro-organismo producía, por secreción ó excreción, un cristal característico por su forma, y este fué el punto de partida de sus notables estudios sobre la cristalografía y la cristalogenesia, estudios que, cuando sean conocidos, trastornarán desde más de un punto de vista la ciencia actual y las concepciones aprioristicas que hasta hoy han servido de base al estudio general de la materia, y del reino mineral particularmente.

Además de su laboratorio de la Universidad, ha instalado sobre su habitación particular un gran laboratorio, admirablemente dispuesto y surtido de los mejores aparatos micrográficos, polarizadores, fotográficos y proyectores.

No tengo necesidad de extenderme sobre las luchas penosas que este gran y modesto sabio ha sostenido con sus colegas, obstinados conservadores de los yerros pasados, con los sabios alemanes especialmente, que no podían resolverse á reconocer un descubrimiento hecho fuera del suelo alemán y con sus métodos. Los estudiantes de la Teosofía saben que el desprecio y la calumnia son, no pocas veces por desgracia, la recompensa de los que levantan un nuevo velo de la verdad. Gracias á la fidelidad inalterable de su mujer y de su hija, el Profesor von Schroën ha podido resistir los desalientos, los ataques y la calumnia, y terminar su gran obra.

En 1899 expuso ciertos puntos de su descubrimiento en dos Conferencias públicas dadas en Nápoles. El año último presentó dos relaciones notables en el Congreso de la Tuberculosis. En la segunda quincena de Mayo ha debido dar algunas Conferencias en Roma, y esperamos que en no muy lejana fecha podrá presentar *en París* una exposición completa de sus más hermosos descubrimientos.

En dos entrevistas de hora y media cada una, M. von Schroën ha procurado exponerme (ilustrando sus demostraciones con numerosas proyecciones fotográficas), la génesis de un gran número de cristales: ácido úrico, alumbre, salicilato y tungstato de sosa, y asimismo, por medio de la luz polarizada, me ha hecho examinar cristales y células provenientes de las excreciones del bacilo del cólera.

He podido observar por mí mismo, después de diferentes estados del período precristalino, la primera huella de la formación de un cristal, la manera de formar primero el ángulo primitivo, luego los ángulos secundarios, la génesis de lo que pudiera llamarse bioplasma filiforme, la aparición finalmente del eje principal, funcionando no como una fuerza solamente directriz y organizadora, sino como á modo de barrera, y finalmente, los diferentes estados de multiplicación, por germinación, segmentación, endogenia (por intususcepción y no por juxtaposición, como se había creído hasta hoy). En los fenómenos de reproducción por endogenia, se ve el pequeño cristal formarse dentro del grande, y desgajarse de él poco á poco hasta escaparse en el líquido ambiente. M. von Schroën me dijo que el pequeño cristal estaba entonces dotado de un movimiento de propulsión y de rotación en espiral perfectamente observable.

Mas dejemos hablar al Profesor von Schroën:

¿Existe una materia inerte y una materia viva?

«No; nada existe sobre el globo que no viva, que no haya vivido, que no sea producto de secreción, de excreción ó de descomposición de algo vivo. Los procesos químicos puros, tales como la formación de una sal, de una base ó de un ácido, tienen movimientos en los cuales se desarrolla vitalidad.»

¿Es la cristalización un proceso puramente psico-químico?

«La cristalización es un proceso de vida. El cristal tiene un periodo de infancia, de evolución, de desarrollo estructural y progresivo, en el cual muestra fenómenos vitales: crecimiento por absorción, intususpección, movimientos automotores de diferentes especies, segmentación, germinación, endogenia, lucha por la existencia, patología. El cristal tiene un desarrollo estructural progresivo como la planta, como el

animal y su estructura varía siguiendo la fase de su evolución.»

¿El eje de un cristal es una realidad ó una concepción ideal?

«Yo he fotografiado el eje principal, como los secundarios de diferentes cristales, demostrando que el eje principal pasa por una evolución estructural, durante la cual atraviesa por cinco fases características. El eje de un cristal, pues, es en cierto modo algo real, algo material. Es algo así como la espina dorsal del cristal; en el alumbre, por ejemplo, el eje tiene una gran analogía con la espina dorsal de un vertebrado.»

«*¿Omne vivum ex ovo?*»

«Ese dogma debe restringirse un tanto por el hecho de que el cristal tiene una biología y una patología que no viene del huevo.»

«*¿Omnis cellula et cellula?*»

«Esta máxima no es exacta; la célula de la sal no proviene de otra célula, sino de un líquido amorfo y homogéneo privado de gérmenes determinados y visibles.»

¿Existe un mundo orgánico y un mundo inorgánico?

«Hay en el mundo un solo génesis de las cosas, y es el génesis orgánico. Muchas cosas se producen y mueren en cuanto su formación está acabada, y se convierten en fósiles, asumiendo de este modo la característica de lo que nosotros denominamos anorgánico. Por ejemplo, los cristales muestran fenómenos evidentes de vitalidad en el período de su evolución; cuando están completamente formados, toda cualidad vital desaparece, y se transforman en fósiles; así el rombo oblongo del *Bacterium Coli* guarda su vitalidad por actos nutritivos y germinativos algún tiempo después de la época de la truncatura de sus ángulos, acto por el cual termina su ciclo característico de formación.

»No existe, pues, más génesis que la orgánica, que acusa por tanto vida. La vida, sin embargo, varía mucho, ya en intensidad, ya en extensión; varía asimismo entre los hombres, y mucho más aún en los animales. Hay, en una palabra, una escala de intensidad y de extensión, que va del hombre hasta el cristal. No digo con esto que la piedra viva, sino que hay en la evolución del cristal un período en el cual se manifiestan los fenómenos de la vida.

»Una montaña cristalina crece como un árbol ó como un animal; la diferencia estriba en el modo y en el resultado final. El principio fundamental de formación que preside á la evolución y diferenciación del plasma, es el mismo para los tres, ó mejor dicho para los cinco reinos de la naturaleza que están ligados á cinco plasmas diferentes hoy entre ellos; es decir

el Protobioplasma,	característico del sistema planetario,		
el Petroplasma	»	reino	mineral,
el Phitoplasma	»	»	vegetal,
el Zooplasma	»	»	animal,
el Antropoplasma	»	»	humano.»

La fuerza que el Profesor von Schroën ha descubierto en la cristalogénesis existe, pues, y es intrínseca á la materia, y la domina y organiza. La mirada penetrante de la ciencia moderna tiene grandísimo interés en observarla, tanto en el macrocosmo como en el microcosmo, en la formación del origen de los sistemas planetarios, como en el de la célula y los cristales.

Una gran obra de este sabio, obra ilustrada con infinitos fotograbados, en la que serán expuestos y demostrados sus descubrimientos, está en preparación; mas es un trabajo enorme y de grandes alientos, y no dejaría de ser deseable que un resumen más simple y accesible á la masa se extendiera lo más pronto posible sobre el mundo científico.

CH. BLECH, *fils*.

(De la *Revue Theosophique Française*, de Junio).



VESTIGIOS DE CONTINENTES SUMERGIDOS

EN la relación anual de una de las principales Sociedades de geologia—la *Sociedad Linneana*, de Londres — el discurso de su presidente el Dr. Günther, trata de la distribución de los gigantes reptiles quelonios ó tortugas terrestres.

He aquí los hechos en ella expuestos: «Se encuentra una variedad de *Testudo* entre otras muchas pequeñas en la época apartadísima Eocena, tanto en América del Norte como en Europa. Sus restos son más numerosos en las formaciones miocena y pliocena. Se han encontrado también en diferentes localidades de Francia y de Alemania del Sur, en Malta, en el Líbano, en la Sivaliks, y por último, en la América del Norte, en las formaciones gemelas de Nebraska y de Wyoming.

»Estas tortugas terciarias no han dejado descendientes sobre los continentes del Antiguo y Nuevo Mundo; no pudieron resistir los cambios de clima de las latitudes septentrionales, ni coexistir con los grandes carnívoros y especialmente con el hombre en las latitudes más

dulces del Sur.» Mas «ocuparon en número increíble no sólo las mayores islas del grupo Aldabra, las Seychelles, la Reunión, Mauricio, Rodríguez, sino las pequeñas, aunque su superficie no pasara de algunas millas cuadradas». Y lo que es asaz singular, habitaron otro grupo de islas «el archipiélago de los Galápagos en la parte más al Este del Pacífico». En las islas más grandes de este último grupo, «las condiciones de las vastas regiones del interior, son semejantes á las de Aldabra, y ofrecen á las tortugas una protección eficaz».

Tres hechos se deducen de todo esto, que exigen ser explicados: 1.° el hallazgo de tortugas fósiles en Europa, en el Oeste de Asia y en el Norte de América; 2.° el hallazgo de especies vivientes en las islas del Océano Indio; y 3.°, en las islas Galápagos, situadas á unas millas de la costa del Ecuador en la América del Sur.

Del primer punto no se ha dado explicación. Y á propósito del tercero, se cita al Dr. Baur, que ha ideado la hipótesis de una comunicación terrestre primitiva entre las islas Galápagos y México, idea á la que se oponen en absoluto las pruebas geológicas, toda vez que según el profesor Aggassiz dicho archipiélago está «separado de la tierra firme hacia el Este y el Norte por una larga extensión plana, cuya profundidad en las partes más bajas, llega á 1.500 y 2.000 brazas, sin interposición de levantamientos ni de islas en dirección de la pretendida comunicación con América; el archipiélago no ofrece huellas de rocas arcáicas, y sin embargo, los caracteres petrográficos de sus volcanes son basálticos, por consiguiente diferentes de los volcanes del continente que están formados de materiales traquíticos y andesianos.»

Con motivo del segundo, el presidente hace notar lo siguiente: «No pudiendo explicarnos de una manera suficientemente convincente la presencia de estos animales en las islas Galápagos, nos dirigimos al otro grupo por ver si el examen de las condiciones geológicas en el Océano índico nos condujera á resultados más satisfactorios. ¿Nos suministrará este examen una indicación de relaciones genealógicas directas entre estos gigantes Pleistocenos y sus representantes insulares? En un magistral trabajo sobre las antiguas comunicaciones terrestres que Mr. W. T. Blanford ha incorporado á su Discurso Anual en la Sociedad Geológica en 1896, ha reunido todas las pruebas tanto geológicas como biológicas, que pudieran atestiguar que ha existido una comunicación á través del Océano índico entre la India y Madagascar. Aun Mr. Wallace, uno de los adversarios más resueltos de la doctrina de los cambios terrestres y marítimos durante la época terciaria, no ha podido menos de admitir que los espacios ocupados hoy por las La-

quedivas, las Maldivas, los bancos coralíferos Chagos y los arrecifes Saya, de Malha y Cargados, estuvieron en otro tiempo ocupados por grandes islas que existían en la época terciaria. Admite su hundimiento porque la existencia de estas islas ha podido facilitar la introducción de ciertos pájaros y murciélagos que son comunes á la India y á Madagascar. Mas la distancia que separa estas islas terciarias de las Mascareñas y Madagascar, es aún muy grande para poder suponer que fueran las tortugas por sí mismas de una á otra. Estos animales no hubieran podido avanzar tanto mar adentro, y de hacerlo, hubieran perecido antes de que una corriente favorable las hubiera transportado á una playa lejana. Una separación, un cambio de lugar por circunstancias accidentales, sería incomprensible y no se acertaría á explicar á su vez; hay, pues, que descontarlo, y para ser comprensible tal dispersión, se impone admitir una continuidad de tierras.

«Hoy, las investigaciones de W. T. Blanford, de su hermano H. F. Blanford y de otros geólogos de la India, de Suess y Neumayer, han establecido definitivamente la existencia de una vasta región que unía el Sur de África y la India, é incluía naturalmente Madagascar, las Seychelles, las Mascareñas y otras islas. La continuidad de esta región comenzó á ser desgastada por el Océano en la edad Mesozóica, y fué gradualmente rota, quedando en forma de islas en la edad terciaria (Blanford). Por otra parte, la lenta evolución de este tipo Queloniano, que no ha cambiado apenas desde el Eoceno y su vasta dispersión en esta época á través del hemisferio septentrional, justifica la hipótesis de que este tipo existía ya antes de la época terciaria, y con anterioridad á la ruptura del puente que le permitiera su paso hacia el Sur y hacia el Norte.

»El antiguo gran Continente Meridional, la Tierra Gondwana de Suess, sobre la existencia de la cual no podemos tener ninguna duda, debió haber sido la cuna de una variedad de plantas y de animales, de vertebrados terrestres, probablemente gigantescas tortugas terrestres... Si así fuera, sería preciso mirar á estos testudináceos, no como importaciones accidentales de algún continente lejano, sino como muestras de la fauna Gondawiana autoctona que se repartiría á través de Asia, en Europa, en tiempos pre-terciarios ó en los comienzos de la época terciaria, y sobrevivieron á los restos insulares del viejo Continente.»

Examinando los hechos mencionados, el teósofo comprenderá que el gran Continente meridional de Lemuria fué la patria original de la tortuga terrestre gigante; que á través de los tiempos ésta se extendió

hacia el Norte, en lo que vino á ser más tarde el Continente Atlántico, del cual la porción Sur formó parte de la Lemuria; que extendiéndose sobre este Continente Atlante, llegó á vivir en Europa, en el Asia Occidental y en América, lo cual explica los restos fósiles encontrados hoy; que la mayor parte de esta tortuga terrestre, como sus contemporáneos, desapareció con la destrucción de la Lemuria y de la Atlántida; que vistos los grandes fondos que separan las islas Galápagos de la tierra firme americana, y que sus rocas son de un tipo completamente distinto de las de este Continente, no parecería improbable (aunque en la carta núm. 1 de la *Historia de la Atlántida*, de Scott Elhot, estas islas están coloreadas como formando parte del Continente Atlante), que hubieran formado en algún tiempo algunas de las cimas más septentrionales del Continente Lemúrico. Y que la razón por la cual no se encuentran en ninguna de las islas del Pacífico, puede ser la de que ninguna de ellas le ofrece condiciones favorables de habitabilidad, y que las islas Galápagos por el contrario, poseyéndolas (por ser sus territorios muy semejantes á los del grupo Aldabra en el Océano índico), han sido preferidas especialmente por dichos animales. Estos están colocados decididamente en ciertas partes del Continente desaparecido, en razón de las condiciones especiales de habitabilidad que necesitan.

W. C. Worsdell.

(De la *Revue Theosophique Française*.)



AVENTURA MARAVILLOSA DE MIGUEL QUARME

Viendo que en los tiempos que corren se ha apoderado de las gentes del país cierto mal espíritu que les hace dudar de aquellas cosas que sus padres conocían como verdaderas, yo, Miguel Quarme, ya bien cargado de años, y que pronto, sin duda alguna, tendré que rendir cuenta de las obras que he verificado en el cuerpo, creo conveniente exponer con toda sobriedad y verdad, un relato de lo que he visto y de lo que sé; pues me apena que los hijos de mis hijos sean burlones y descreídos. En estos últimos tiempos los hombres principian á dudar que la buena gente de la Ciénaga y los dioses que los paganos adoraban, existan realmente: y esto me parece á mí muy de lamentar, porque si los jóvenes principian á dudar de asuntos como éstos, es lo más probable que luego pongan en duda cosas más serias que se rela-

cionen con su salvación, como por ejemplo, las enseñanzas de las Escrituras y otras creencias necesarias á la salud del alma.

Lo que me propongo referir sucedió el año en que los soldados del Rey Jaime pelearon y vencieron á los soldados del Duque de Monmouth que era, según algunos afirman, el soberano legítimo de este país, habiendo nacido de matrimonio legal. En aquel tiempo dirigía yo la Alquería y sierras de mi buen padre, por estar él postrado en cama y haber muerto mi hermano mayor.

Sucedió que me hallaba un día en la Ciénaga, residencia de los Hombres del Amanecer y del gran Menêg que señala, según dicen, la sepultura de un gobernante de la gente antigua, que ya no existe, que gobernaba en la Lyonesse que yace sepultada bajo el mar. Buscaba yo algún ganado que se había extraviado, y ya pensaba en abandonar la caza, cuando percibí á un hombre que me estaba observando escondido tras de una roca; y al hacerme á mí mismo la pregunta de si era ó no algún ladrón de ganado, se levantó y corrió hacia mí gritando mi nombre. Vi entonces quien era y le saludé con todo respeto, pues era Mr. Anthony Pendennis, hijo de un gran señor de nuestro país. Cuando murió la madre de Mr. Anthony tenía él pocas semanas y yo pocos días menos que él, y de aquí que el padre de Mr. Anthony rogara á mi madre que criase á su hijo juntamente con el suyo. Consintió en ello mi madre muy gustosa, y el niño se aficionó á ella, de suerte que cuando creció y podía caminar y correr, venía á menudo á la Alquería y la llamaba «madre». Un día en que cayó y se cortó en la mano, mi madre me cogió, y haciéndome un fuerte rasguño con un pedernal, sacó un poco de sangre y la mezcló con la de él á fin de establecer entre los dos el lazo de sangre con sus naturales consecuencias. Esto lo sabía Mr. Anthony, por lo que, cuando me vió, se llenó de alegría, pues se encontraba en un gran apuro. Me dijo que había combatido por el Duque, y que cuando sus hombres fueron puestos en fuga él huyó á su propio país, creyendo que se encontraría en salvo entre la gente de Cornish y que nadie le buscaría allí. Pero había un señor en aquellos lugares, un tal Mr. Joseph Trevose que amaba la misma dama que Mr. Anthony, y esta dama, que no se parecía á mi Loveday, era una á quien la gustaba provocar la rivalidad y el odio entre los hombres, gusto el más depravado y perjudicial que puede abrigar el corazón de una mujer. Y esto deseo que mi nieta, Temperance Carhage, lo tenga bien en cuenta, pues si el cielo la ha hecho bonita, no la ha dotado (Dios la ayude) de mucho seso. Hay algunos que opinan que la mujer conviene que sea de cortos alcances, pero yo opino diferentemente. Porque si es buena, hará buen uso de su inteligencia, como mi propia Loveday, mientras que si es mala, con lo que quiero significar principalmente, fría de corazón, rara y avariciosa, entonces importa poco que sea ó no inteligente, pues de todos modos podrá dar al demonio mismo lecciones en hacer daño.

Mr. Joseph Trevose, que se hallaba fuera de sí de celos y cólera, perseguía á Mr. Anthony, y llevaba consigo soldados hasta Cornwall á fin de

cogerlo y llevarlo á Devon, donde funcionaba un Consejo de guerra cruel y sanguinario. En aquellos momentos le seguía la pista, pero los amigos de Mr. Anthony habían proyectado llevar un barco al amanecer á la ensenada de Pertkskerrow Head, para conducirlo en salvo á Francia.

Buscaba él entonces un sitio donde ocultarse de Joseph Trevose, que escudriñaba el terreno con sus soldados tras de él. Como yo conocía cada pulgada de la Ciénaga, le conduje á una pequeña cueva en la faz de la escarpada costa, donde las chivas y gaviotas daban vueltas graznando. Allí le dije que se estuviese, sabiendo que ningún hombre que no conociese bien aquellos sitios, podría encontrarle; y á Dios gracias, no había ninguno en nuestro país que conociese la Ciénaga que fuese capaz de vender un compatriota al verdugo, aun cuando mereciese caer en sus manos.

Dejé á Mr. Anthony esperando la noche y á su barco, y regresé á la Ciénaga. A unas dos millas de la orilla, cerca de la gran piedra de Menêg, encontré á Mr. Joseph Trevose y sus soldados. No traté de escaparme, sino que continué mi camino. Puede ser que yo tuviese en aquellos tiempos un fiero y pecador orgullo, pues ni quería huir ni ocultarme de un hombre como él, que hacía traición á uno de su país y de su sangre, para entregarle á los extranjeros de Londres.

Me vió y me llamó á gritos. Detuviéronse los soldados, y yo me acerqué á él. Así que llegué y me conoció (pues todos los de nuestra parroquia conocían el lazo de sangre entre Mr. Anthony y yo) me preguntó si sabía donde se encontraba mi hermano de leche. Ahora bien, yo no podía decir una mentira á nadie y despreciaba demasiado á aquel hombre para que me cuidara de lo que pudiera hacerme. Yo sabía que ni él ni sus hombres tenían poder suficiente para hacerme hablar lo que yo no quería decir. Le contesté secamente, preguntándole por qué me hacía tal pregunta.

— No os hago ninguna pregunta, Mr. Quarme — dijo. — Digo que sabéis en dónde se halla ese hombre.

—Verdaderamente, caballero—dije yo sonriendo, lo que le puso furioso, por cuya razón me sonreí aún más. – Sois un señor que, hablando con franqueza, tiene más ingenio que honor, y no hay posibilidad de que un pobrete como yo pueda engañarle.

— ¿En dónde está, pues? — dijo él.

— Eso lo dejo para que lo averigüéis con vuestro ingenio — le contesté. —No necesitáis ayuda alguna mía, ni la obtendríais aunque así no fuese

Estaba colérico, pero no mucho, porque tenía la seguridad de que ya no se le escaparía Mr. Anthony, pues ni siquiera soñaba en que no podía hacerme hablar, pues allí en la Ciénaga, lejos de mi gente, podía hacer conmigo lo que quisiese. Me puso la pistola en la frente y me dijo:

—Y ahora, Mr. Quarme, ¿condescenderá vuestro ingenio á ayudar al mío?

—No — dije. —Primero he de veros con el demonio.

Bajó la pistola y su mano temblaba de rabia. Yo me reí.

—Tenéis vuestra cabeza trastornada por las atenciones de vuestros su-

periores—dijo.—Me váis á decir en dónde se oculta antes de que yo acabe con vos.

— Os lo diré — dije riendo, — si podéis obligarme á ello.

—Lo probaré—dijo.

— Buena suerte — le dije burlonamente, — y entonces me cruzó la cara con su látigo y ordenó á los soldados que me ataran.

Entonces principió á tratar de arrancarme la verdad, pero no lo consiguió, cosa que le puso furioso, maldiciéndome por necio obstinado. No quiero referir los medios que empleó para hacerme hablar, porque este relato caerá en manos de mis nietas que me aman; no es propio que jóvenes doncellas, que son ó deben ser de corazón tierno, se apenen y espanten oyendo la crueldad y villanía de los hombres. Después de haber adoptado todos los medios de tortura que él y sus hombres conocieran, exclamó colérico:

—Sois un necio y vuestra sangre caerá sobre vuestra cabeza. Aquí os quedaréis toda la noche para que reflexionéis con comodidad. Mañana me diréis dónde se oculta ú os haré colgar de ese árbol.

Señaló, al decir esto, al único árbol de la Ciénaga; una encina encorvada por el viento, muerta y desprovista de hojas.

—Mañana—le dije todo lo bien que entonces podía hablar, pues me hallaba casi desmayado, — puede ser que os lo diga.

Con esto quería decir que Anthony Pendennis se habría ya dado á la vela para Francia y que Joseph Trevose podía hacer lo que quisiese. Quería decirle también, antes de morir, aunque ahora á mi edad veo que hacía mal, lo que yo y todos los hombres honrados de Cornish pensábamos de un hombre que hacía traición á uno de su propio país, entregándole á los soldados y á aquella justicia de Londres que venía á ahorcar y quemar á la gente de Occidente.

Me ataron fuertemente al árbol, á pocos pasos del Menêg, y allí me dejaron. Trevose me mostró el puño cerrado al marcharse. Sabía que nadie me encontraría ni libertaría, pues no había ningún hombre del país que se aproximara al Menêg al anochecer y menos aún por la noche. Al verme allí abandonado, débil y estragado por el dolor, traté de pensar y arrepentirme de todos los errores de mi vida, pues aparentemente no había salvación posible para mí. Y pensé en Loveday Trelawny, que era entonces mi novia y después mi esposa, y á la verdad, desde un principio había pensado en ella. Yo no quería morir y dejar á Loveday, pero yo sabía que la muerte era preferible á una vida sin honor; y no puede haber nada, á mi juicio, tan vergonzoso como traicionar un lazo de unión.

Verdaderamente, yo sabia que no recibiría mucha alegría de Loveday si volvía á ella en salvo con el relato de un lazo de sangre roto y de un hermano traicionado. No creo que ningún hombre que amase á Loveday Trelawny se hubiera atrevido á ser cobarde ó traidor. Que Dios tenga su alma en su guarda, como no dudo que sea.

Vi la luz desaparecer y el mar tornarse obscuro. Vi cómo las primeras

sombras de la noche extendían su manto sobre la Ciénaga; vi á las estrellas titilar y la luna flotar como un pequeño bote de plata en la profundidad del firmamento. Donde el sol se había puesto, el cielo era de un verde pálido. Después cerró la noche y el verde desapareció. Oí el ruido del agua en la resaca sobre las rocas y el crujir de los matorrales sacudidos por el viento.

Suspiré; las cuerdas cortaban mis brazos; sufría atrozmente en todos mis miembros. Oí un ruido como de sabuesos que corriesen por la Ciénaga, y el suelo se estremecía como bajo los cascos de caballos al galope. El aire principió á vivir; murmuraba y resonaba con el ruido de voces quedas. Luego vi luces pálidas pasar veloces ante mí y mi corazón se me hizo como agua en el pecho. Cerré los ojos un momento mientras que sudaba de miedo. Después los volví á abrir porque creí oir risas y el sonido de harpas.

Había luces que se movían ordenadamente sobre toda la Ciénaga; algunas eran verde manzana y algunas amarillas; algunas brillaban como el firmamento por la tarde, y otras eran como púrpura, ardiendo como si fueran almas de los paganos, si los paganos tienen alma; algunas eran rosadas como las nubes en el sol naciente ó como flor de manzano. Pronto vi que no se movían de un modo desordenado sino que volaban en cierto modo alrededor del gris Menêg, deslizándose siempre suavemente de aquí para allí.

Repentinamente el corazón se me subió á la boca, porque una gran luz resplandeciente había saltado sobre el Menêg; yo me estremecía y temblaba como si tuviese intermitentes; á la verdad, no me avergüenzo de confesar que tenía un miedo terrible.

Sobre el Menêg, inundado por la luz, vi un hombre si es que era tal. Yo sabía que no podía ser hombre más que en la apariencia, sino uno de los Dioses que en un tiempo adoraban los paganos en aquella misma piedra. Porque aquellos Dioses, se dice, gobernaban toda la gentecilla, la «buena gente» de la Ciénaga, los duendecillos, los golpeadores y la gente que vive en las cuevas del mar y juegan sobre la espuma de las olas, como mi abuela los había visto hacer á menudo. Estos Dioses de la gente del pasado, dicen que gobernaban á dioses menores que ellos, y algunas veces los hombres los ven todavía hoy.

El hombre que estaba sobre la piedra, llevaba al parecer, una túnica hasta la rodilla; sus pies y piernas estaban desnudos, y desde sus pies hacia arriba surgían llamaradas de colores, que lo envolvían como un ropaje, sobresaliendo por encima de su cabeza. De sus hombros pendía un manto verde adornado de oro viejo. En su mano parecía haber la rama de un árbol en flor; estaba cubierto de flores blancas como la nieve, y el dulce aroma que exhalaban, así como sus vestidos, llegaba hasta mí traído por el viento. Su cuerpo era menos grosero y terrestre que el nuestro; parecía que producía luz de su propia naturaleza y poder.

Al estarle contemplando, le vi venir del Menêg hacia mi. Vi las luces dar vueltas y seguirle como si las atragese. Pasó á tres pasos de mi árbol; paróse y se detuvo un corto momento, el que puede emplearse en hacer una aspira-

ción y me miró. Ahora bien; sus ojos fijos y sin pestañear maravillaban, eran como un estanque de agua profundo, que encerraba misterios en su seno, que ningún hombre podía penetrar. Aunque me miraba bondadosamente, y aunque percibí que sabía por qué me hallaba atado de aquel modo, lo haría simplemente como uno que pasase por allí ocupado en asuntos de gran importancia; lo mismo que un hombre, que, al servicio del Rey, pudiera detenerse un momento para sacar á un infeliz insecto que se ahogaba en el polvo del camino, así hizo él, porque al detenerse solo un instante las cuerdas que me sujetaban cayeron y me encontré libre. Caí hacia adelante; caí de rodillas á sus pies, y si como cristiano hice mal en esto, sin embargo, espero humildemente que se me perdone, tanto más, cuanto que, aunque hubiese querido, no hubiera podido levantarme. Caí y percibí que seguía su camino á través de la Ciénaga hacia el Este, en Dirección de Devon. Era como el paso de un río de luz, pues toda la tropa de luces se volvió y le siguió desparramándose sobre la Ciénaga tras él.

Entonces yo, dando gracias, me levanté y huí hacia el sitio donde Anthony Pendennis estaba oculto; al amanecer me llevó consigo en el barco y permanecí en Francia hasta que Trevose murió de las viruelas tres años después de mi huída. Cuando murió regresé á mi país y me casé con Loveday, y vi con ella los hijos de mis hijos.

Ahora, cuando oigo decir, y hay muchos que lo dicen, que la gente de la niebla y que los Dioses de los pueblos que fueron, no existen ni han existido nunca, la risa y la tristeza se apoderan á la vez de mi corazón, porque yo sé lo que sé. ¡Hay quien nos dice que los antiguos Dioses viven y son demonios en guerra con Dios nuestro Padre! Pero esto me atrevo á dudarlo, por más que lo haya oído de gente sabia y santa; porque yo creo que aquel que me libertó, gustaba de que un hombre fuese fiel á su hermano y al lazo que había jurado, y por esto me libertó para que viviese y me casase con Loveday. Por otra parte, tengo bien en cuenta cómo marchaba, seguido por las luces menores, una corriente de gloria en la obscuridad de la Ciénaga, y no puedo dudar que iba á cumplir su misión, lo que le estaba encomendado por la ley de Dios, á quien los hombres buenos y los ángeles sirven igualmente en toda humildad.

MICHAEL WOOD.



EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO V

No me encontraba ya en el Santuario. Sentía el aire en mi rostro. Abrí los ojos y ví al cielo encima de mí y á los astros que en sus profundidades resplandecían. Postrado yacía y me sentía extrañamente cansado. El sonido de millares de voces, cuyos gritos y cantos resonaban en mis oídos, me sacó de mi estupor. ¿Qué podía ser aquello? Me incorporé. Me hallaba en el centro del círculo de sacerdotes, de los diez sumos sacerdotes. Agmahd permanecía junto á mí y me observaba. Fijáronse mis ojos en su rostro, y no pude apartarlos. ¡Allí no había compasión, ni corazón, ni alma! ¿Y yo le había temido á aquella imagen, á aquel ser inhumano? Ya no le temía más. Miré á los sacerdotes que me rodeaban. Yo leía en sus rostros; estaban absortos, pero conscientes. Cada uno y todos ellos hallábanse mordidos y devorados por un deseo profundo, el hambre por la satisfacción que anhelaban y que guardaban en su corazón como una serpiente. Yo no podía seguir temiendo á aquellos hombres. Yo había visto la luz. Yo era fuerte.

Me puse en pie. Dirigí mis ojos en torno de mí, fijélos en las multitudes que apiñadas hormigueaban en las orillas del río bajo el cielo claro. Comprendí entonces las extrañas voces que había oído. El pueblo estaba loco; algunos merced al vino, otros al amor, y en varios dominaba el frenesí. Multitud de pequeñas embarcaciones pululaban en la superficie del agua; el pueblo había venido en ellas á hacer sus ofrendas á la diosa á quien adoraban y á quien aquella noche habían visto, oído y sentido. La embarcación sagrada en la cual permanecía yo, hundíase y cabeceaba con las ofrendas que las gentes lanzaban en ella desde sus barcas chatas que estaban junto á nosotros. Oro y plata, pedrería y vasos de oro cubiertos de piedras preciosas deslumbrantes. Agmahd miraba estas cosas y distinguí una sonrisa en sus labios. Estas riquezas podían alimentar el templo, pero eran muy distintas las joyas que él ambicionaba y por las que trabajaba. Repentinamente mi alma habló. Yo no podía mirar y continuar silencioso. Hablé en voz alta y ordené á las gentes que me oyeran, é inmediatamente surgió un silencio que fué creciendo hasta que se extendió á toda la multitud.

—Oidme, vosotros que sois aqui los adoradores de la diosa: ¿A qué

diosa adoráis? ¿No podéis comprenderlo por las palabras que desliza en vuestros oídos? Mirad dentro de vosotros, y si os ha cauterizado con el fuego ardiente de la pasión, sabed que ella no es ningún dios verdadero. Porque sólo en la sabiduría reside la verdad. Oid, y os diré palabras que han sido pronunciadas en el santuario, exhaladas por el espíritu de luz, nuestra Reina y Madre. Sabed que tan sólo en la virtud, en los buenos pensamientos y en las buenas acciones podréis encontrar la paz. ¿Es esta tenebrosa orgía un ambiente apropiado á la diosa de la verdad? ¿Sois vosotros sus adoradores, vosotros, que estáis beodos de vino y de pasiones, aquí bajo la bóveda celeste; vosotros, que tenéis en los labios palabras salvajes de impiedad y cantares frenéticos, y en vuestros corazones pensamientos vergonzosos, prontos á convertirse temerariamente en hechos? ¡No! De rodillas, y levantad vuestras manos al cielo, pedid á ese espíritu benéfico, nuestra Reina de sabiduría, que os cobija con las extensas alas de su amor, que os perdone vuestra vergonzosa conducta, que os ayude en un nuevo esfuerzo. Oidme. Yo la rogaré, pues yo la veo en su esplendor. Dirigidla las palabras que yo os diga y ella os escuchará ciertamente, pues ella os ama, aun cuando la habéis ofendido.

Una explosión de armonía, un número de voces fuertes que cantaban ahogó la mía. Los sacerdotes habían prorrumpido en un canto con la rica música de un himno. Masas de gentes dominadas por mi voz y mis palabras habían caído de rodillas. Ahora, embriagados por la música, cantaban el himno con fervor, y las ondas sonoras se elevaban majestuosamente en los aires. Una esencia dulce y fuerte embargó mi olfato. Apartéme con disgusto, pero ya había obrado su efecto. Sentí que perdía el conocimiento.

—Está en éxtasis— dijo Kamen Baka. — Está loco — oí que decía otra voz, una voz tan fría, tan rabiosa, que apenas la reconocí. Sin embargo, yo sabía que era Agmahd el que hablaba.

Traté de contestarle, pues en todo lo que yo hacía estaba inspirado por un nuevo y extraño valor, y ya no conocía el miedo. Pero ya el vapor deletéreo había hecho su efecto. Yo estaba mudo, como en sueño; me sentí aturdido. A los pocos segundos dormía.

CAPÍTULO VI

Cuando desperté me hallaba en mi antigua habitación del templo, aquella en que los primeros temores de muchacho me asaltaron.

Me sentía muy fatigado; tanto, que la primera sensación que experimenté, fué la de un intolerable cansancio que entorpecía todo mi cuerpo. Permanecí quieto un pequeño rato pensando sólo en tal molestia.

Luego, repentinamente, los sucesos del día anterior acudieron á mi memoria. Yo era como el sol naciente. Yo la había encontrado de nuevo, á mi Reina y Madre, y ella me había devuelto su protección.

Me levanté, olvidando mi sufrimiento y mi cansancio. Despuntaba preci-

samente el día, y á través de la alta ventana deslizábase en mi habitación la débil claridad gris. Mi cuarto estaba lujosamente adornado con ricos materiales y bordados; lleno de objetos extraños y hermosos, que lo convertían en una cámara propia de un príncipe. A no haber sido por su forma especial y la alta ventana, apenas si podía reconocerse cómo la habitación que en mi niñez había sido convertida en un jardín de flores para gusto mío.

El aire allí me parecía pesado y entorpecedor; ansiaba estar fuera, en la atmósfera impregnada de la dulce renovación de la mañana, pues sentía que yo también necesitaba renovarme y fortalecerme con la fuerza de la juventud, y aquí el aire perfumado, los pesados cortinajes y el exceso del lujo me oprimían. Levanté la cortina y atravesé la gran habitación contigua á la mía. Estaba vacía y silenciosa; así también estaban los extensos pasillos. Marché silenciosamente por ellos hasta que llegué á aquel cuya puerta daba paso al jardín. A través del enrejado de hierro podía ver el brillo de la yerba según me aproximaba. ¡Ah, qué hermoso jardín! ¡Oh, bañarme en aquellas dulces aguas del estanque de los lirios!

Pero la puerta de hierro estaba bien cerrada; sólo pude mirar á través de ella la yerba, el cielo y las flores, y aspirar el fresco ambiente por medio de las estrechas aberturas. De repente vi á Seboua que se aproximaba por uno de los paseos del jardín. Vino directamente á la puerta de hierro en que yo me hallaba.

—¡Seboua!—grité.

—¡Ah, estáis ahí!—me dijo hablando con su rudo tono.—El hombre y el niño son semejantes. Pero Seboua no puede ser ya vuestro amigo. Fracasé, y no puedo probar de nuevo. Incurrí en la cólera de mis dos amos cuando érais un niño; no pude reteneros para ninguno de ellos. Sea así; ahora tenéis que manejaros solo.

—¿No puedes abrir la puerta?—fué toda mi contestación.

—No—dijo—, y dudo que vuelva jamás á abrirse para vos. ¿Qué importa? ¿No sois el sacerdote favorito del templo, el amado, el muy querido?

—No—contesté yo—; ya no lo soy. Ya dicen que estoy loco. Hoy lo volverán á decir.

Seboua me miró con ansiedad.

—Os matarán—dijo en voz baja, llena de ternura y piedad.

—No pueden—contesté sonriendo.—Mi Reina me protegerá. Debo vivir hasta haber dicho todo lo que ella desea. Después ya no me importa.

Seboua levantó la mano que había tenido oculta en los pliegues de su negro ropaje. Tenía en ella un capullo de la flor del loto, que yacía sobre una hoja verde que parecía su lecho.

—Tómala—dijo—, es para ti; habla un lenguaje que tú comprenderás. Tómala y que el bien vaya contigo. Yo, que soy mudo, excepto para el lenguaje ordinario, sin embargo, soy digno de ser un mensajero. Esto me hace feliz. Pero tú puedes alegrarte, porque puedes oir y hablar, aprender y enseñar.

Inmediatamente se marchó; al paso que hablaba me había pasado la flor á través de una de las estrechas aberturas del enrejado. La cogí cuidadosamente. Ahora la tenía en mi mano; me sentía contento. No necesitaba nada más.

Volví á mi habitación y me senté con la flor en mis manos. Era la repetición exacta de cuando, hacía mucho tiempo, siendo sólo un niño, me hallaba yo sentado en esta misma habitación con un lirio en la mano y mirando á su centro. Yo tenía un amigo, un guía; una unión con la no vista Madre de gracia. Pero ahora conocía el valor de lo que tenía en mi mano; entonces no lo sabía. ¿Sería posible que me la pudieran arrebatar otra vez tan fácilmente? Seguramente que no. Porque ahora podía comprender su lenguaje. Entonces no me hablaba nada más que de su hermosura; ahora ella abría mis ojos y yo veía; rompía el sello de mis oídos y oía.

Un círculo me rodeaba, semejante al que me había rodeado cuando sin saberlo había enseñado en el templo. Eran sacerdotes vestidos de blanco, como los que se habían arrodillado y me habían adorado. Pero éstos no se arrodillaban; estaban de pie y me miraban con ojos profundos de piedad y de amor. Algunos eran ancianos, de alta estatura y fuertes; algunos, jóvenes y delicados, con rostro de fresca luz. Miré en torno mío con temerosa admiración, y temblé de esperanza y alegría.

Yo sabía, sin que ninguna palabra me lo digera, qué clase de fraternidad era esta. Eran mis predecesores, los sacerdotes del Santuario, los videntes, los servidores escogidos de la Reina del Lirio. Vi que se habían sucedido unos á otros en la guardia sagrada del santo de los santos, desde que por primera vez había sido construído en la gran roca en que se apoyaba el templo.

—¿Estás pronto á aprender?—me dijo uno de ellos, uno cuyo aliento me parecía proceder de remotas y olvidadas edades.

—Estoy pronto—contesté, y me arrodillé en el suelo, en el centro de aquel extraño y santo círculo. Mi cuerpo se humillaba, pero mi alma parecía elevarse. Aunque estaba de rodillas, sabía que estaba sostenido en el alma por los que me rodeaban. En lo sucesivo eran mis hermanos.

—Siéntate ahí—me dijo señalando á mi lecho—y hablaré contigo.

Me levanté, y al volverme para ir á mi lecho, vi que estaba solo con aquel que me había hablado. Los otros nos habían dejado. Vino y se sentó á mi lado y principió á hablar. Derramó en mi corazón la sabiduría de las edades pasadas, sabiduría que vive por siempre, y que será joven cuando la raza de sus primeros discípulos no exista ni aun en la memoria. Mi corazón reverdeció con la frescura de este antiguo saber y verdad.

Todo aquel día permaneció sentado á mi lado enseñándome. Cuando llegó la noche tocó mi frente y se alejó. Cuando me acosté recordé que no había visto á nadie más que á mi maestro desde el día anterior y que no había probado alimento. Sin embargo, no me hallé cansado de aprender ni me sentía débil. Puse mi flor al lado mío y me dormí tranquilamente.

*

Cuando me desperté me levanté sobresaltado figurándome que alguien tocaba mi flor. Pero estaba solo y mi flor no corría peligro. Una mesa se hallaba junto á la pesada cortina que separaba mi habitación de la próxima, y en ella había alimento: leche y pasteles. En todo el día anterior no había comido, y me alegré entonces del alimento. Coloqué la flor entre mis vestiduras y me acerqué á la mesa. Bebí la leche y comí los pasteles, y entonces, con recuperado vigor, me volví para ir á mi lecho y meditar allí intensamente sobre lo que había aprendido el día anterior, pues sabía que estas eran semillas de oro que debían producir frutos de gloria.

Pero permanecí quieto y mi corazón cantó dentro de mí, pues otra vez me hallaba rodeado por el hermoso círculo. El que me había enseñado ayer me miraba y sonreía, pero no hablaba. Otro se aproximó á mí, me tomó la mano y me condujo al lecho y me quedé solo con él.

Solo, y sin embargo, no solo, nunca más debía estar solo. Él tomó mi corazón y mi alma y me los enseñó en su desnudez, desprovistos de toda santidad imaginaria. Tomó mi pasado y me lo mostró en su pobreza sencilla, obscura y falto de hermosura; ese pasado que pudo haber sido tan rico. Hasta entonces me parecía á mí que había vivido en la inconsciencia. Ahora se me guiaba de nuevo en mi vida y se me hacía considerarla con visión clara.

Las habitaciones que atravesaba eran obscuras y espantosas; algunas de ellas estaban llenas de horrores; pues entonces veía que había sido ganado por la magia que yo mismo había interpretado á Kamen Baka. Lo mismo que los otros, yo había vivido para el deseo y sus satisfacciones. Y sumergido en los goces del placer de la hermosura, había permanecido como embriagado y no sabía lo que había hecho. Al recordar mi pasado vi el significado de las palabras de Seboua, que entonces apenas había comprendido. Yo había sido, verdaderamente, el favorito del templo, porque cuando mi cuerpo estaba sumergido en los placeres y reducido al silencio en el torpe sueño de la saciedad, mis labios y mi voz eran dóciles á la voluntad de aquella obscura dueña. Por medio de mis poderes físicos hacía saber sus deseos y obtenía el servicio de aquellos esclavos que habían cedido en todo á cambio de la satisfacción de sus deseos. Con su fiera y terrible penetración en las obscuras cavernas de las almas de los hombres, veía sus necesidades, y con mis palabras les enseñaba cómo obtener lo que anhelaban.

Al considerar, mudo y maravillado, las visiones que pasaban por mi despertada memoria, me vi primeramente solo un niño, cuyas alarmas y temores eran adormecidos por el placer. Me vi dentro del templo, en su Santuario interior, una criatura desamparada, un instrumento usado sin compasión. Me vi más tarde un joven fresco y hermoso que yacía inconsciente sobre la cubierta del bote sagrado, que se levantaba en el frenesí de la inconsciencia pronunciando palabras extrañas. Me vi más adelante, pálido y débil, pero siempre el instrumento complaciente, aunque el alma principiaba á moverse y á cansar al cuerpo con su lucha, y ahora veía que el alma había

despertado, había tocado á su madre, la reina de la luz, y no podía volver á ser reducida al silencio.

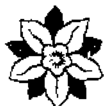
Vino la noche y mi instructor me dejó. Ninguna otra persona había venido á mi habitación; ningún alimento me habían traído desde la mañana temprano. Me sentía debilitado por las terribles vistas que había contemplado en aquel corto día. Me determiné á ir en busca de alimento porque lo necesitaba. Levanté la pesada cortina que cubría la entrada á la gran habitación continua. Había una puerta, una puerta maciza tal como pudiera servir para un calabozo. Entonces comprendí que estaba prisionero, y ahora que me había recobrado de mi debilidad y exaltación no se me daba alimento. Agmahd había visto que mi espíritu había despertado y había resuelto matarlo en mí, preservando solo el cuerpo rendido para su objeto.

Me acosté en mi lecho y me dormí con el marchito capullo del lirio en mis labios.

Cuando desperté había alguien á mi lado, alguien á quien yo conocía como mi instructor. Yo había visto su sonrisa cuando me hallaba rodeado del hermoso círculo. Salté alegremente del lecho, pues de él esperaba recibir ánimo. Vino y se sentó á mi lado y tomó mi mano en las suyas.

Y entonces supe que su sonrisa era la luz de una paz grande. Él había muerto en aquella Cámara; había muerto por la verdad. Me llamó hermano, y repentinamente me dí cuenta de que las rosas de mi vida habían florecido y caído y pasado para siempre. Yo tenía que vivir para la verdad á la luz del puro espíritu, y ningún sufrimiento podía infundirme temor, y desde el momento en que su mano tocó la mía, supe que ningún sufrimiento me haría temer. Hasta entonces el dolor me había cegado de terror; pero ahora sabía que podía hacerle frente con mano fuerte y sin miedo. Me dormí aquella noche en éxtasis; yo no sabía si estaba despierto ó soñaba, pero sabía que este hermano mío, cuya vida física le había sido arrancada en el remoto pasado, había vertido la fuerza de su fiera alma en la mía, y que yo no podía perderla otra vez.

(Se continuará.)



UN SUEÑO SOBRE LA JUSTICIA DIVINA

Habíame acostado y me quedé dormido, tratando en vano de conciliar la Justicia Divina con la definición de «los Novísimos», por Astete.

Veíame sobre el campo de Josafat, cercano á la instalación del Tribunal que debía juzgar á los hombres, los cuales, hacinados unos sobre otros, cubrían la redondez de la tierra, elevándose desde ella hasta la línea horizontal de mis pies, su conjunto, á una distancia de millones de leguas sobre la luna.

Era yo de los últimos llegados á aquellas alturas, confinantes con Marte, y percibiendo á mis inmediaciones acalorada disputa de dos que hacía tiempo partieran de esta vida, al cruzar de un Angel, al parecer glorioso, por ante mí, atrevíme á preguntarle sobre qué versaba aquella disputa, teniendo la amabilidad de detenerse para contestarme:

Que el uno había muerto á los ochenta años, habiendo sacrificado desde niño su vida en bien de la humanidad, practicando y propagando las enseñanzas del Cristo en toda su pureza, y repartiendo su inmensa fortuna entre los pobres de verdad, hasta terminar sus días la miseria. Que en el acto de morir, crujido de los más acerbos dolores, maldijera desesperado el Santo nombre de Dios, siendo condenado, para siempre jamás, á los profundos infiernos, no obstante que su ejemplaridad y predicación en ambos hemisferios, habían librado de él, y abierto las puertas del cielo á muchos millares de sus semejantes, ¡que desde éste á su vez le maldecían para agradar al Señor!!

Que el otro falleció á los sesenta años, habiendo acaparado grandes riquezas en la trata de negros y en la piratería y el asesinato, gozándose en el ensañamiento y en ver correr la sangre humana de sus víctimas, predicando, por otra parte, el ateísmo, que condujo á muchos á los tenebrosos abismos, desde donde también le maldicen. Pero que este hombre, siempre impenitente, cada día más feroz, tuvo en el instante mismo de espirar un tremendo horror á los infiernos, seguido de un acto de perfecta contrición, que llevó su alma á gozar eternamente de la presencia de Dios.

Que ésta era la Justicia Divina, y que sobre *la justicia de tal Jus-*

ticia disputaban los dos; en pro el perverso, defendiéndola allí, casi á puño cerrado, y en contra, bajo principios que decía irrefutables, y con su habitual modestia, aquel otro que había alcanzado la inmortalidad, en sentir de cuantos le tomaban como modelo.

Quise á mi vez y mediante el Tribunal — aún no estaba constituído — entrar en discusión con el Angel, acogiéndome á cierto capítulo de San Mateo, atinante al caso, y haciéndole comprender que sólo en la salvación absoluta de todo hombre, por la evolución del Karma y la Reencarnación, estribaba la Infinita Sabiduría y Justicia Suprema, constituyendo toda otra doctrina un estado rudimentario de supina ignorancia; pero él, que leía mi pensamiento, me asestó un aletazo tal, que desperté, llamándole Angel de las Tinieblas y Director y Corruptor de las masas de toda institución y categoría, ofreciéndole no dejar como queda, en ciernes, asunto de tamaña transcendencia.

Fr. Pol

Marín 31-8-1901.



NOTAS Y RECORTES

La Rama de Barcelona. La Rama de Barcelona, de la S. T., nos comunica haber reformado su Reglamento, y á la vez, y conforme á un artículo del mismo, la Junta Directiva que ha quedado constituída ahora en la forma siguiente:

Presidente, D. José Roviralta.—Vicepresidente, D. José Plana.—Administrador, D. José Granés.—Secretario, D. José Querol.—Vocal 1.°, D. Ramón Maynadé.—Vocal 2.°, D. Jacinto Planas.

Más sobre la cremación en España. El Dr. Arcas, en carta particular primero, y en circular más tarde, nos participa que el señor Ministro de la Gobernación ha tenido á bien autorizar la creación de un horno crematorio. A este fin ha sido ya publicada una Real orden (3 de Agosto), autorizando al Ayuntamiento para la construcción de dicha obra.

Es verdaderamente digna de aplauso la actividad desplegada por el iniciador de la idea Sr. Arcas, y el interés con que ha sido acogida ésta por el Consejo de Sanidad y el citado Ministro.

Descubrimientos arqueológicos en la India. Mr. Ch.-E. Bonin, Vicecónsul de Francia en la Indo-China, envía una comunicación á la Academia de Inscripciones sobre un importantísimo monumento arqueológico visitado por él en su última misión oficial en el Asia Central.

Dicho monumento son las grutas de los Mil Buddhas, cerca de Sha-tchen (Kanson), criptas búddhicas adornadas de frescos de gusto indo, á las que Mr. Bonnis considera como la más antigua muestra del primitivo arte indo-búddhico en China. Las inscripciones han sido estudiadas por Mr. Chavannes, profesor del Colegio de Francia, quien ha tratado de ellas en la sesión de la Academia del 8 de Febrero de este año. Mr. Bonnis llama la atención de la Academia sobre estos monumentos (cuyas fotografías ha enviado), de grandísima importancia para el estudio de las antiguas religiones asiáticas.



BIBLIOGRAFÍA

Cartas Rosacruces. — Traducidas del alemán por F. H. y del inglés por Nemo. Barcelona, 1901.

La *Biblioteca Orientalista* que dirige el Sr. Maynadé, ha enriquecido el catálogo de sus obras con esta nueva publicación. Por el esfuerzo del Sr. Maynadé, *Cartas Rosacruces* ha pasado á formar parte de la literatura española teosófico-ocultista. No necesitamos decir en SOPHÍA que dicha obra es de importancia grandísima para todos aquellos á quienes interese el conocimiento de las teorías rosicrucianas, y que en ella se encontrarán algunas de las verdades que informaron las doctrinas de no pocos filósofos y místicos medioevales.

El índice de la obra es el siguiente: Sabiduría divina. — El medio práctico para aproximarse á la luz. — Verdad absoluta y relativa. — Doctrina Secreta. — Los Adeptos. — Experiencias personales. — Los Hermanos.

La obra forma un elegante volumen que al precio de 1,50 puede adquirirse en la *Biblioteca Orientalista*, Conde del Asalto, 63, Barcelona.



El vegetarismo como fundamento para una nueva vida individual y social, por el profesor doctor Foerster. — Traducción de la 5.ª edición alemana, por F. Forga. Arequipa, Perú, 1901.

En otras ocasiones hemos tratado de las obras del activo propagandista del vegetarismo Sr. Forga. La actual traducción es una de las obras más recomendables por los importantes datos científicos que contiene y por las no menos importantes enseñanzas prácticas que encierra.

El Sr. Forga — que posee tal vez una de las más completas bibliotecas de obras vegetaristas del mundo — ha traducido más de veinticuatro obras y folletos relativos á la reforma alimenticia. Estas obras las remite gratis á quien las solicite, y para sufragar los gastos que esto le proporciona, admite óbolos consistentes en sellos de países Hispano-Americanos.

En esta última obra, el Sr. Forga intercala un completo catálogo de obras, revistas y sociedades españolas y extranjeras relativas al vegetarismo.

Su dirección es: F. Forga, Arequipa (Perú).



Curtas y mes curtas. . . per Joseph Plana y Dorca. Barcelona, 1901.

Plana y Dorca, el distinguido escritor catalán, algunas de cuyas originales y sentidas composiciones habrán podido saborear los lectores de Sophía, ha publicado un bien impreso tomito de poesías en el idioma de Verdaguer y Rusiñol, al cual la prensa catalana ha elogiado muy justamente.

Curtas y mes curtas. . . es un ramillete de escogidísimas ideas y de sutilísimos pensamientos expresados de un modo bello y original. Es verdaderamente notable el prefacio, en el que el Sr. Planas expone su modo de ver en materia de arte. Poesía y prosa, todo es espontáneo y original en el autor de *Curtas;* todo revela en él una verdadera personalidad literaria.



In Honour of William Q. Judge, por Katherine Tingley. Point Loma, California, 1901.

Noticias sobre el grupo de espiritualistas de Norte América *The Universal brotherhood*.



La música y la psicofisiología, de Marie Jaëll.—Traducción española de la Sra. Lloret de Ballenilla. Madrid, 1901.

La distinguida profesora de la Escuela Nacional de Música de Madrid, acaba de traducir una obra importantísima para todos aquellos á quienes interesa el estudio científico y profundo del arte musical.

La obra traducida ahora al español es como todas las de Mad. Jaëll, de fama europea, y lo ha sido ya á otros idiomas. Es una obra funda-

mental, producto de muchos años de observación y de trabajo. Los altos problemas psicofisiológicos relacionados con la sensación musical en todos sus matices, han sido estudiados íntimamente por la autora, que deduce de ellos importantísimas consecuencias de transcendencia suma en el conocimiento práctico de la ciencia musical.

En los diez capítulos de que consta la obra, se tratan y desarrollan con gran extensión y claridad, las materias siguientes:

I. El mecanismo de la expresión musical.—II. La atención y el sentido muscular.—III. El tacto y el sentido auditivo.—IV. El estudio.—V. El compás y el *tempo rubato*.—VI. La interpretación.—VII. El pedal.—VIII. Los factores de la memoria musical.—IX. El *acelerador del tocar*.—X. Las sensaciones de los oyentes.



La Ciencia del Porvenir.—**Revelación de los verdaderos principios de la ciencia**, por D. Pedro Arnó, de Villafranca.

Hemos recibido la primer entrega de esta obra, en cuyo prólogo encontramos satisfactorias y benévolas alusiones á muy queridos compañeros nuestros, las cuales agradecemos al autor.

La obra que éste comienza ahora á publicar constará de seis volúmenes, y atraerá seguramente la atención científica. Versará sobre multitud de problemas transcendentales, y nos ocuparemos de ella cuando ya más avanzada en su publicación pueda ser juzgada con la minuciosidad de que seguramente será digna.



La grande obra Alquímica. —Traducción brasileña de la obra de Jollivet Castelot, por Dario Vellozo.

Como todos los trabajos del infatigable escritor ocultista Dario Vellozo, está éste hecho á conciencia.



Ritual, por Leite Junior. Coritiba, Brasil, 1901.

Colección de poesías del distinguido poeta brasileño precitado, de la cual, como de *Amor bucólico*, de J. Pernetta, hablaremos en un futuro estudio más extensamente.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.